

Antón Chéjov

La dama del perrito

Ilustrado por
Javier Zabala



Antón Chéjov

LA DAMA
DEL PERRITO

Nørdica libros

© Antón Chéjov 1899
Título Original: *Dama s sobachkoi*
© De las ilustraciones: Javier Zabala
© De la traducción: Víctor Gallego Ballesteros
Traducción cedida por Alba Editorial
© De esta edición: Nòrdica Libros 2010
ISBN: 978-84-92683-24-6
Depósito Legal: M-20.010-2010
Maquetado: Instituto Pro-S.A.C.

Annotation

«Había corrido la especie de que en el malecón había aparecido un personaje nuevo: una dama con un perrito.» Así comienza este relato, uno de los más conocidos e importantes de la literatura universal.

Esta historia no cuenta ningún acontecimiento extraordinario; los protagonistas llevan una vida corriente, se podría decir que incluso aburrida. El relato es un pequeño ensayo sobre cómo surge el amor entre dos personas, Anna y Gúrov, y su pasión los transforma. El sexo está muy presente en toda la narración, aunque no se muestre explícitamente.

-
- [I](#)
 - [II](#)
 - [III](#)
 - [IV](#)
 - [Nota del ilustrador](#)
-



La
Señora
del
Pantofo
A. Chajon

I

Había corrido la especie de que en el malecón había aparecido un personaje nuevo: una dama con un perrito. Dmitri Dmítrich Gúrov, que llevaba ya dos semanas en Yalta y había adquirido las costumbres del lugar, también había empezado a interesarse por las caras nuevas. Sentado en la terraza del Vernet, vio pasar por el malecón a una joven dama, rubia y de pequeña talla, tocada con una boina; tras ella correteaba un lulú blanco de Pomesania.

Más tarde se la encontró varias veces en los jardines de la ciudad y en la glorieta. Paseaba sola, siempre con la misma boina y su lulú blanco; nadie sabía quién era y la llamaban simplemente así: la dama del perrito.

«Si está aquí sin su marido y sin amigos (se decía Gúrov), no estaría mal trabar conocimiento con ella».



Aún no había cumplido los cuarenta, pero ya tenía una hija de doce años y dos hijos que iban al instituto. Se había casado joven, siendo estudiante de segundo curso, y ahora su esposa parecía mucho mayor que él. Era una mujer alta, con las cejas oscuras, envarada, grave, con aire de importancia y, como ella misma decía, intelectual. Leía mucho, utilizaba la nueva ortografía en su correspondencia, llamaba a su marido Dimitri, en lugar de Dmitri; en su fuero interno él la consideraba limitada, mezquina y vulgar; le tenía miedo y no le gustaba estar en casa. La engañaba desde hacía tiempo y con harta frecuencia; probablemente por eso casi siempre hablaba mal de las mujeres y, cuando en su presencia se hacía algún comentario sobre ellas, exclamaba: —¡Esa raza inferior!



Consideraba que su amarga experiencia le había instruido lo bastante para llamarlas lo que se le antojara; sin embargo, no habría podido vivir dos días sin esa «raza inferior». En compañía de los hombres se aburría, se encontraba a disgusto, se mostraba taciturno y frío; pero entre mujeres se sentía libre, sabía de qué hablar con ellas y cómo comportarse; en su compañía le resultaba grato hasta guardar silencio. En su aspecto, en su carácter, en toda su persona había algo seductor e inefable que predisponía a las mujeres en su favor y las atraía; él lo sabía y a su vez se sentía arrastrado hacia ellas por una fuerza desconocida.

Su experiencia, copiosa y en verdad amarga, le había enseñado desde hacía tiempo que, si en un principio toda relación aporta a la vida una agradable variedad y se presenta como una aventura maravillosa y sin complicaciones, en el caso de un hombre respetable, sobre todo si se trata de un moscovita vacilante e indeciso, termina convirtiéndose siempre en un auténtico problema, sumamente complejo, que acaba desembocando en una situación desagradable. Pero cada vez que conocía a una mujer atractiva, esa experiencia parecía borrarse de su memoria y, arrebatado por un ansia de vivir, todo se le antojaba sencillo y divertido.

Es el caso que un día estaba almorzando en el jardín a la caída de la tarde, cuando la dama de la boina se acercó con pasos lentos a la mesa contigua. Su expresión, sus andares, su vestido y su peinado le decían que pertenecía a la buena sociedad, que estaba casada, que era la primera vez que iba a Yalta, que estaba sola y que se aburría... En los rumores que corren sobre las licenciosas costumbres de Yalta hay muy poco de cierto; él los despreciaba, pues sabía que en su mayor parte eran difundidos por personas que habrían pecado de buena gana si hubieran podido; pero, cuando la dama se sentó a la mesa contigua, a tres pasos de él, le vinieron a la memoria todos esos relatos de conquistas fáciles y excursiones a las montañas, y el pensamiento tentador de una relación breve y pasajera, de un romance con una mujer desconocida, de la que no se sabe ni el nombre ni el apellido, se apoderó de pronto de él.

Llamó al lulú con zalamerías y, cuando se le acercó, le amenazó con el dedo. El perro gruñó y Gúrov volvió a amenazarle.

La dama le miró y al punto bajó los ojos.

—No muerde —dijo, ruborizándose.

—¿Le puedo dar un hueso? —y cuando ella asintió con la cabeza, le preguntó con afabilidad—: ¿Lleva mucho tiempo en Yalta?

—Unos cinco días.

—Yo llegué hace dos semanas.

Durante un rato guardaron silencio.

—El tiempo pasa deprisa y, sin embargo, ¡hay que ver cómo se aburre una aquí! —dijo ella, sin mirarlo.

—La gente se ha acostumbrado a decir que se aburre aquí. Un habitante de Beliov o Zhizhdra no se aburre en su casa, pero viene aquí y dice: «¡Ah, qué aburrimiento! ¡Ah, qué polvo!». Ni que viniera de Granada.

Ella se echó a reír. Luego los dos siguieron comiendo en silencio, como desconocidos; pero después del almuerzo se marcharon juntos e iniciaron una conversación chispeante y ligera, típica de personas libres y satisfechas, a las que poco importa adónde van y de qué hablan. Pasearon y comentaron la extraña luminosidad del mar; el agua tenía una tonalidad lila, delicada y cálida, y la luna dibujaba sobre ella una banda dorada. Hablaban de lo sofocante del ambiente después de una jornada tórrida. Gúrov contó que era moscovita, había seguido estudios de filología y trabajaba en un banco; en el pasado había tenido intención de convertirse en cantante de ópera de una compañía privada, pero había renunciado a ese propósito; tenía dos casas en Moscú... Por su parte se enteró de que ella se había criado en San Petersburgo, pero se había casado en S., donde llevaba viviendo dos años; que pasaría en Yalta un mes más y que su marido quizá se reuniría con ella, pues también estaba necesitado de descanso. No fue capaz de explicarle dónde trabajaba su marido, si en la administración provincial o en el

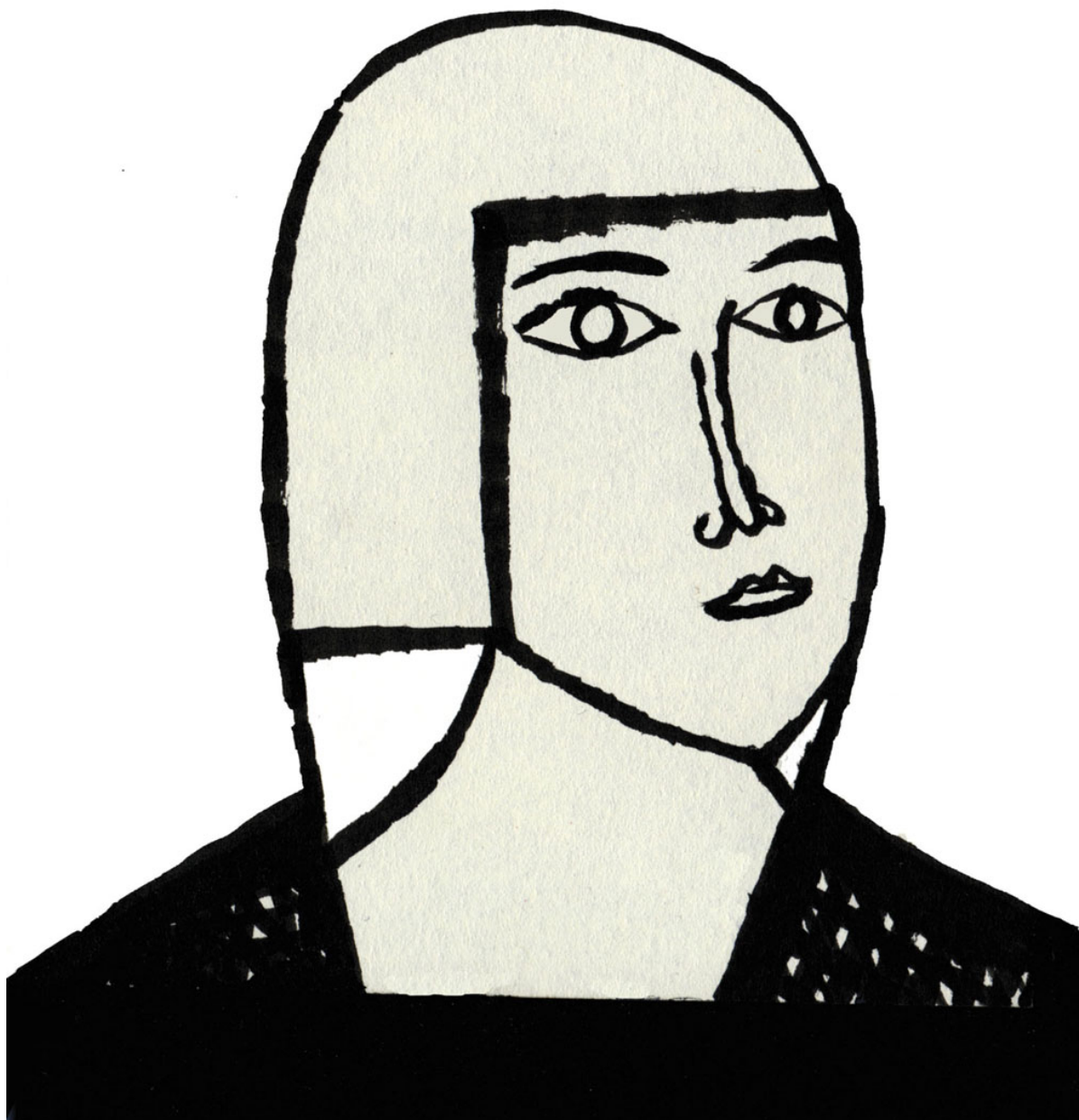
consejo local del *zemstvo*, y ella misma lo encontró muy divertido.

También averiguó Gúrov que se llamaba Anna Serguéievna.

De vuelta en su habitación, pensó en ella, en que al día siguiente probablemente volverían a encontrarse. No podía ser de otra manera. Al acostarse, estuvo sopesando la idea de que hasta hacía poco esa mujer estudiaba en el instituto, igual que ahora su propia hija; recordó la timidez y torpeza que transparentaban sus risas y su manera de conversar con un desconocido; probablemente era la primera vez en su vida que estaba sola y se encontraba en semejante posición, perseguida por hombres que la miraban y le hablaban con un único fin secreto que ella no podía dejar de adivinar. Recordó su cuello fino y delicado y sus hermosos ojos grises.

«En cualquier caso, hay algo en ella que inspira piedad», pensó, y se quedó dormido.

VERNISAGE



II

Pasó una semana desde el día en que se conocieron. Era una jornada festiva. En las habitaciones el ambiente era sofocante y en las calles el viento levantaba remolinos de polvo y arrancaba los sombreros. La sed no les abandonaba, de modo que Gúrov entraba a menudo en el restaurante e invitaba a Anna Serguéievna a un refresco o un helado. No sabía uno dónde meterse.

Al atardecer, cuando el viento se calmó un poco, se dirigieron al muelle para contemplar la llegada del vapor. En el embarcadero había muchos transeúntes; habían ido a recibir a alguien y llevaban ramos de flores en las manos. En ese lugar saltaban a la vista dos peculiaridades de la sociedad elegante de Yalta: las damas maduras iban vestidas como las jóvenes y había muchos generales.

Debido a la agitación del mar, el vapor llegó con retraso, cuando ya se había puesto el sol y, antes de atracar, tuvo que hacer una larga maniobra de aproximación. Anna Serguéievna miraba el vapor y a los pasajeros con sus impertinentes, como si buscara a algún conocido, y cuando se volvía hacia Gúrov sus ojos estaban brillantes. Hablaba mucho y planteaba cuestiones bruscas, olvidándose al punto de lo que acababa de preguntar; luego perdió sus impertinentes entre el gentío.

La elegante multitud empezó a dispersarse; ya no se veía ninguna cara nueva, el viento se había calmado del todo, pero

Gúrov y Anna Serguéievna seguían allí, como si esperaran que descendiera algún pasajero más. Anna Serguéievna ya no hablaba y aspiraba el perfume de las flores sin mirar a Gúrov.

—El tiempo ha mejorado por la tarde —dijo él—. ¿Adónde quiere que vayamos ahora? ¿Le apetece que demos una vuelta en coche?

Ella no respondió.

Entonces él la miró fijamente y de pronto la abrazó y la besó en los labios, sintiéndose envuelto por el perfume y el frescor de las flores; luego se volvió con inquietud para cerciorarse de que no les había visto nadie.

—Vamos a su cuarto... —dijo en voz baja.

Y los dos partieron con rápidos pasos.



En la habitación el ambiente era sofocante y estaba impregnado de los perfumes que ella compraba en una tienda japonesa. Al mirarla de nuevo, Gúrov pensó: «¡Hay que ver qué encuentros nos depara la vida!». De su pasado guardaba el recuerdo de mujeres despreocupadas y bondadosas, contentas de poder amar, agradecidas por la felicidad que él les procuraba, aunque fuera pasajera; había otras —como por ejemplo su mujer— que amaban sin sinceridad, con un exceso de palabras, gestos afectados, ademanes histéricos y unos visajes que parecían dar a entender que lo suyo no era amor o pasión, sino algo más importante; había otras dos o tres, muy hermosas y frías, de cuyo rostro se adueñaba de repente una expresión rapaz, un deseo obstinado de obtener y arrebatarse a la vida más de lo que podía ofrecer; ya no estaban en la primera juventud, eran caprichosas, irreflexivas, autoritarias, poco inteligentes; cuando Gúrov dejaba de interesarse por ellas, su belleza le inspiraba aborrecimiento y los encajes de sus vestidos se le antojaban escamas.

Aquí, en cambio, se percibía esa timidez, esa torpeza, esa turbación de la juventud inexperta, así como una sensación de confusión, como si alguien hubiera llamado de pronto a la puerta.

Anna Serguéievna, la «dama del perrito», reaccionaba ante lo ocurrido de un modo particular, con gran seriedad, como si se tratara de una caída; así lo parecía y era una situación extraña y fuera de lugar. Sus rasgos se alteraron, perdieron su lustre, los largos cabellos colgaban con aire triste a ambos lados de la cara; se quedó pensativa y adoptó una expresión afligida, como la pecadora de un cuadro antiguo.

—Esto no está bien —dijo—. Ahora usted será el primero en no respetarme.

Sobre la mesa había una sandía. Gúrov cortó una rodaja y empezó a comer sin prisas. Pasaron al menos media hora en silencio.

Anna Serguéievna estaba conmovedora, desprendía ese aura de pureza de las mujeres honradas, ingenuas y poco conocedoras de

la vida; una vela solitaria, que ardía sobre la mesa, iluminaba apenas su rostro, pero era evidente que sentía un peso en el corazón.

—¿Por qué iba a dejar de respetarte? —preguntó Gúrov—. No sabes lo que dices.

—¡Que Dios me perdone! —dijo, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Es terrible.

—Se diría que tratas de justificarte.

—¿Cómo voy a justificarme? Soy una mujer ruin y miserable, me desprecio y no pienso en ninguna justificación. No es a mi marido a quien he engañado, sino a mí misma. Y no sólo ahora, sino desde hace tiempo. Mi marido quizá sea un hombre honrado y bueno, pero es un lacayo. No sé lo que hace allí ni qué puesto ocupa, sólo que es un lacayo. Cuando me casé con él tenía veinte años, me atormentaba la curiosidad, aspiraba a una vida mejor; debe de haber otra vida mejor, me decía. ¡Quería vivir! Vivir, vivir... La curiosidad me devoraba... Usted no lo comprende, pero le juro por Dios que ya no podía dominarme, algo me sucedía, no podía controlarme; le dije a mi marido que estaba enferma y vine aquí...

Desde mi llegada me he pasado todo el tiempo dando vueltas como si estuviera loca o borracha... y me he convertido en una mujer vulgar y vil, a la que todo el mundo puede despreciar.

Gúrov estaba ya aburrido de escucharla; le irritaba ese tono ingenuo, esa confesión, tan inesperada como intempestiva; de no haber sido por las lágrimas, habría podido pensarse que bromeaba o interpretaba un papel.

—No lo entiendo —dijo él en voz baja—. ¿Qué es lo que quieres?

Ella ocultó el rostro en su pecho y se apretó contra él.

—Créame, créame, se lo ruego... —dijo ella—. Amo la honradez y la pureza y me repugna el pecado; ni yo misma sé lo que hago. La gente corriente dice: el maligno lo ha tentado. Yo también puedo emplear ahora esa expresión.

—Basta, basta... —farfulló él.

Contemplaba sus ojos inmóviles y asustados, la besaba, le hablaba con ternura y delicadeza, y ella poco a poco se fue tranquilizando y recuperando la alegría; ambos se echaron a reír.

Más tarde, cuando salieron, en el malecón no había ni un alma; la ciudad con sus cipreses tenía un aspecto completamente muerto, pero el mar seguía rugiendo y rompiendo en la orilla; sobre las olas se balanceaba una barcaza, cuyo fanal despedía un resplandor soñoliento.

Encontraron un coche de punto y fueron a Oreanda.

—Acabo de enterarme de tu apellido. En el tablón del vestíbulo estaba escrito «von Diederitz» —dijo Gúrov—. ¿Es alemán tu marido?

—No, creo que su abuelo lo era, pero él es ortodoxo.

Cuando llegaron a Oreanda, se sentaron en un banco, no lejos de la iglesia, y se quedaron mirando el mar en silencio. Yalta apenas alcanzaba a verse a través de la bruma matinal, las cumbres de las montañas estaban cubiertas de nubes blancas e inmóviles. Las hojas estaban quietas en las ramas, se oía el chirrido de las cigarras; el ruido sordo y monótono del mar, que llegaba desde abajo, hablaba de sosiego, del sueño eterno que nos espera. Así era su rumor cuando ni Yalta ni Oreanda existían, así era ahora y así seguirá siendo, sordo y monótono, cuando nada quede de nosotros. En esa constancia, en esa total indiferencia por la vida y la muerte de cada hombre reside, quizá, la prueba de nuestra salvación eterna, del movimiento ininterrumpido de la vida sobre la tierra, de un perfeccionamiento constante. Sentado al lado de una mujer joven, que tan bella parecía a la luz del amanecer, con el ánimo sereno, anonadado por la visión de ese fastuoso panorama

—el mar, las montañas, las nubes, el anchuroso cielo—, Gúrov reflexionaba que en realidad, si se para uno a pensarlo, todo es bello en este mundo, salvo lo que nosotros mismos discurrimos y hacemos cuando olvidamos los fines supremos de la existencia y nuestra dignidad humana.

Un hombre se aproximó —probablemente el vigilante—, los miró y se marchó. Y ese detalle también le pareció misterioso y hermoso.

Vieron llegar el vapor de Feodosia, iluminado por la claridad del alba, ya sin luces.

—Hay rocío en la hierba —dijo Anna Serguéievna, rompiendo el silencio.

—Sí. Es hora de volver.

Regresaron a la ciudad.

A partir de entonces, todos los días se encontraban en el malecón a eso de las doce, desayunaban y almorzaban juntos, paseaban, admiraban el mar. Ella se quejaba de que dormía mal y tenía palpitaciones, y hacía siempre las mismas preguntas, agitada por los celos o el temor de que no la respetara lo bastante. A menudo, en la glorieta o en los jardines, cuando no había nadie cerca, él la apretaba de pronto contra sí y la besaba con pasión. La completa ociosidad, esos besos recelosos y furtivos en pleno día, dados con el temor de que alguien pudiera verlos, el calor, el olor del mar y la visión constante de personas desocupadas, elegantes y satisfechas, parecían haberle regenerado; le decía a Anna Serguéievna lo hermosa y seductora que era, se comportaba como un amante impaciente y no se apartaba de ella ni un paso; pero la joven a menudo se quedaba pensativa y le rogaba con insistencia que reconociera que no la respetaba, que ni siquiera la quería y que sólo veía en ella a una mujer vulgar. Casi todas las tardes, a una hora bastante avanzada, iban a algún lugar de los alrededores, a Oreanda o a la cascada; y esos paseos, siempre venturosos, despertaban invariablemente en ellos impresiones delicadas y sublimes.

Esperaban la llegada del marido. Pero se recibió una carta suya en la que anunciaba que había contraído una enfermedad en los ojos y rogaba a su mujer que regresara a casa lo antes posible.

Anna Serguéievna hizo los preparativos a toda prisa.

—Está bien que me vaya —le dijo a Gúrov—. Así lo quiere el destino.



Partió en coche y él la acompañó. Viajaron durante todo el día.

Cuando subió al vagón del expreso y sonó el segundo aviso, ella dijo: — Déjeme que le vea otra vez... otra vez. Así.

No lloraba, pero estaba triste y como enferma; su rostro temblaba.

—Pensaré en usted... no le olvidaré —decía—. Que el Señor le proteja. Adiós. No guarde un mal recuerdo de mí. Nos despedimos para siempre, así debe ser, ya que no debíamos habernos encontrado nunca. Bueno, que Dios le guarde.

El tren se alejó deprisa, sus luces no tardaron en desaparecer y al cabo de un minuto ya no se oía nada, como si todo se hubiera puesto de acuerdo para poner término cuanto antes a ese dulce olvido, a esa locura. Solo en el andén, con los ojos fijos en la oscura lejanía, Gúrov escuchaba el canto de los grillos y el zumbido de los hilos telegráficos con una sensación extraña, como si acabara de despertar. Pensaba que un nuevo acontecimiento o aventura se había producido en su vida, que ahora había terminado y ya sólo quedaba su recuerdo... Estaba conmovido, triste, y se sentía algo arrepentido, pues esa mujer joven, a la que nunca volvería a ver, no había sido feliz a su lado; él se había mostrado gentil y cordial, pero en cualquier caso en su modo de comportarse con ella, en sus palabras y en sus caricias, se percibía la sombra de una broma ligera, la grosera presunción de un hombre satisfecho que además casi le doblaba en edad. Ella no había parado de decirle que era bueno, noble, extraordinario; no cabía duda de que no lo había visto tal como era en realidad, es decir, que involuntariamente la había engañado...

En la estación olía ya a otoño; la noche era fresca.

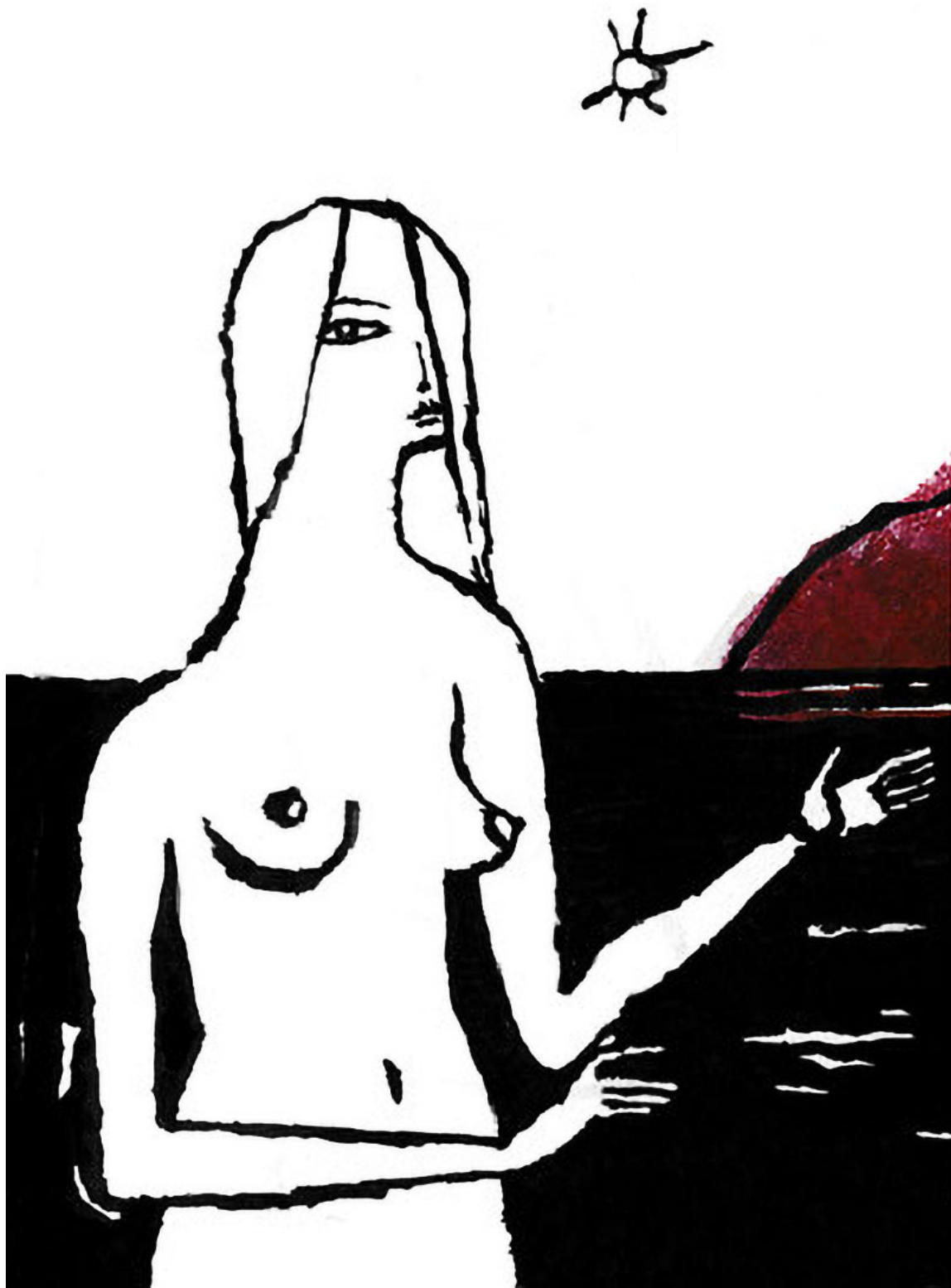
«Ya es hora de que yo también vuelva al norte —pensaba Gúrov mientras abandonaba el andén—. Ya es hora».



III

En la casa de Moscú todo tenía ya un aspecto invernal; las estufas estaban encendidas y, por la mañana, cuando los niños se preparaban para ir al instituto y tomaban el té, las habitaciones estaban a oscuras y la niñera encendía durante un rato la lámpara.

Había empezado a helar. Cuando cae la primera nevada y hacen su aparición los trineos, es agradable contemplar la tierra y los tejados blancos; el aire tiene una calidad suave y maravillosa, y vienen a la memoria los años de la juventud. Los viejos tilos y los abedules, cubiertos de escarcha, tienen un aire bondadoso y están más próximos a nuestro corazón que los cipreses y las palmeras; en su proximidad ya no se sienten deseos de pensar en las montañas ni en el mar.



Gúrov era moscovita y regresó a su ciudad una jornada bella y fría; nada más ponerse la pelliza y los gruesos guantes, pasearse por la calle Petrovka y escuchar el sábado por la tarde el tañido de las campanas, el reciente viaje y los lugares en los que había estado perdieron todo su encanto. Poco a poco se zambulló en la vida moscovita; leía con avidez tres periódicos al día y afirmaba que, por principios, no leía los diarios locales. Tenía ganas de ir a los restaurantes, al casino, a las recepciones, a los banquetes y se sentía halagado de recibir en su casa a abogados y artistas célebres y de jugar a las cartas con un catedrático en el Círculo de Médicos.

Por fin podía comer una ración entera de carne a la sartén...

Tenía la impresión de que un mes bastaría para que la imagen de Anna Serguéievna se cubriera de niebla y de que sólo de vez en cuando soñaría con su conmovedora sonrisa, igual que le había sucedido antes con otras mujeres. Pero pasó más de un mes, llegó lo más crudo del invierno y en su memoria el pasado seguía tan nítido como si se hubieran separado la víspera. La intensidad de los recuerdos no paraba de crecer. Si en el silencio de la tarde llegaban hasta su despacho las voces de sus hijos, repasando la lección, u oía una romanza o un organillo en un restaurante o la nevasca ululaba en la chimenea, de pronto revivían los acontecimientos de aquellos días: la escena del muelle, el amanecer con las montañas cubiertas de niebla, el vapor de Feodosia, los besos. Paseaba de un lado a otro de la habitación, rememorando, sonriendo; luego los recuerdos se transformaban en ensoñaciones y en su imaginación el pasado se mezclaba con el porvenir. Más que soñar con ella, su imagen le acompañaba a todas partes, como una sombra, y le vigilaba. Cuando cerraba los ojos la veía como si estuviera delante de él y se le antojaba más hermosa, más joven, más delicada que entonces; él mismo se consideraba mejor de lo que había sido en Yalta. Por la tarde ella le miraba desde la estantería, desde un rincón de su habitación; oía su respiración, el delicado susurro de su vestido. En la calle seguía a las mujeres con la vista, buscando a alguna que se le pareciera...



Ardía en deseos de compartir con alguien sus recuerdos. Pero en casa era imposible hablar de su amor y fuera de ella no podía sincerarse con nadie. Ni con los vecinos ni con los colegas del banco. ¿Qué podía decirles? ¿Había amado entonces? ¿Había habido algo bello, poético, edificante o al menos interesante en su relación con Anna Serguéievna? Y si en alguna ocasión se refería en términos vagos al amor o a las mujeres, nadie adivinaba a qué se refería; sólo su mujer fruncía las oscuras cejas y decía: —Dmitri, ese papel de fatuo no te va.

Una noche, al salir del Círculo de Médicos con su compañero de juego, un funcionario, no pudo contenerse y le dijo: —¡Si supiera usted qué mujer más fascinante conocí en Yalta! —el funcionario se sentó en el trineo y se dispuso a partir, pero de pronto se volvió y gritó—: ¡Dmitri Dmítrich!

—¿Qué?

—Tenía usted razón cuando dijo hace un momento que el esturión no olía bien —esas palabras, tan banales, por alguna razón indignaron a Gúrov, que las encontró humillantes y sucias. ¡Qué costumbres más salvajes! ¡Qué tipos! ¡Qué noches más intrascendentes, qué días más insípidos y anodinos! Frenéticos juegos de cartas, comilonas, borracheras, conversaciones interminables sobre los mismos temas. Actividades intrascendentes y charlas ociosas se llevaban la mayor parte del tiempo, lo mejor de las fuerzas y, al final, sólo quedaba una vida angosta y limitada, carente de interés, de la que no era posible huir ni escapar; era como estar encerrado en un manicomio o en un centro penitenciario.

Presa de la indignación, Gúrov no pegó ojo en toda la noche y luego, durante el día, tuvo dolor de cabeza. Las noches siguientes durmió mal; se pasaba todo el tiempo sentado en la cama, reflexionando, o iba de un lado a otro de la habitación. Los hijos le aburrían, el banco le hastiaba, no quería ir a ninguna parte ni hablar de nada.

En diciembre, durante las fiestas, preparó el equipaje, le dijo a su mujer que se iba a San Petersburgo a hacer unas gestiones en favor

de un joven conocido y partió para la ciudad de S. ¿Con qué intención? Ni él mismo lo sabía a ciencia cierta. Quería ver a Anna Serguéievna, hablar con

ella y, a ser posible, concertar una entrevista.

Llegó a S. por la mañana y reservó la mejor habitación del hotel, cuyo suelo estaba totalmente alfombrado con el paño gris empleado en los uniformes del ejército; sobre la mesa había un tintero lleno de polvo, adornado de un jinete sin cabeza, que blandía un sombrero con la mano extendida. El portero le proporcionó las informaciones necesarias: von Diederitz habitaba en una casa propia, situada en la calle Staro-Gonchárnaia, no lejos del hotel; vivía bien, era rico, tenía sus propios caballos, todos lo conocían en la ciudad. El portero pronunciaba «Dridirits».

Gúrov se dirigió sin prisas a la calle Staro-Gonchárnaia y encontró la casa. Justo enfrente se extendía una valla gris, larga, erizada de clavos.

«Cuando se ve una valla como ésta, dan ganas de salir corriendo», pensaba Gúrov mirando tan pronto las ventanas como la cerca.



Consideró que, al ser día festivo, el marido probablemente estaría en casa. En cualquier caso, sería poco delicado llamar a su puerta y ponerla en una situación embarazosa. Si le enviaba una nota, podía caer en manos del marido y entonces todo se echaría a perder. Lo mejor sería aguardar una ocasión oportuna. Y se puso a pasear por la calle y junto a la valla, esperando esa oportunidad. Vio atravesar la cancela a un mendigo, sobre el que se lanzaron los perros; al cabo de una hora se oyó un piano, cuyos sonos le llegaban débiles e indistintos. Probablemente era Anna Serguéievna quien tocaba. La puerta principal se abrió de pronto, dando paso a una viejecita, tras la que correteaba el lulú blanco. Gúrov quiso llamar al perro, pero de pronto el corazón empezó a latirle con fuerza y, dominado por la emoción, no pudo recordar su nombre.

Seguía yendo y viniendo, sintiendo un odio cada vez más intenso por la valla gris; pensaba con irritación que Anna Serguéievna le había olvidado y quizá se divertiera ya con otro, lo que sería de lo más natural en el caso de una mujer joven obligada a contemplar desde la mañana a la noche esa maldita valla. Volvió a su habitación y pasó un buen rato sentado en el sofá, sin saber qué hacer; luego almorzó y a continuación durmió una larga siesta.

«¡Qué estúpido y fastidioso es todo esto! —pensó al despertarse y mirar las ventanas oscuras; ya había oscurecido—. He dormido demasiado. ¿Qué voy a hacer ahora por la noche?».

Se sentó en la cama, cubierta con una manta barata y gris, semejante a la de los hospitales, y se increpó a sí mismo con ira:

«Ahí tienes a tu dama del perrito... Ahí tienes tu aventura... Ya puedes quedarte sentado».

Esa misma mañana, en la estación, le había llamado la atención un anuncio con letras muy grandes: se estrenaba *La geisha*. Lo recordó ahora y se dirigió al teatro.

«Es muy posible que ella asista a la primera representación», pensó.

El teatro estaba lleno. Como en todos los teatros de provincias, una niebla flotaba por encima de las arañas y en el gallinero reinaba

una ruidosa agitación; en la primera fila, antes del comienzo de la representación, se alzaban los petimetres locales, con las manos a la espalda; en el palco de autoridades, la hija del gobernador, con una boa alrededor del cuello, ocupaba el primer lugar, mientras su padre se ocultaba discretamente detrás de la cortina, y sólo se veían sus manos; el telón oscilaba, la orquesta llevaba ya un buen rato afinando los instrumentos. Mientras los espectadores entraban y ocupaban sus localidades, Gúrov recorría ávidamente la sala con la vista.

Anna Serguéievna llegó y se sentó en la tercera fila; cuando Gúrov reparó en ella, el corazón se le encogió y comprendió con toda claridad que no había en el mundo persona más próxima, más querida, más importante para él; perdida en esa multitud provinciana, aquella menuda mujer, que nada tenía de particular, con unos vulgares impertinentes en la mano, llenaba ahora toda su vida; era su tristeza, su alegría, la única felicidad que deseaba para sí; bajo los sonos de la pésima orquesta y los ruines violines provincianos, pensaba en lo hermosa que era. Pensaba y soñaba.

El hombre que entró con Anna Serguéievna y se sentó a su lado era un joven con patillas cortas, muy alto y encorvado; a cada paso que daba movía la cabeza, como si prodigara saludos a diestro y siniestro. Probablemente era su marido, a quien ella, en un arrebató de amargura, había calificado en Yalta de lacayo. En realidad, en su larga figura, sus patillas y su incipiente calvicie había cierta modestia lacayuna; tenía una sonrisa empalagosa y llevaba en el ojal una insignia académica que parecía el número de un camarero.

En el primer entreacto el marido salió a fumar y ella se quedó en la butaca. Gúrov, que también estaba sentado en la platea, se acercó a ella y le dijo con voz temblorosa y una sonrisa forzada: —

Buenas noches.

Ella le miró y palideció; luego volvió a mirarlo con pavor, sin dar crédito a sus ojos, y apretó con fuerza en sus manos el abanico y los impertinentes, haciendo evidentes esfuerzos por no desmayarse.

Ambos callaban. Ella estaba sentada y él de pie, asustado de su

turbación, sin atreverse a sentarse a su lado. Los violinistas y el flautista empezaron a afinar sus instrumentos; de pronto ambos se sintieron aterrados, pues tenían la impresión de que desde todos los palcos les miraban; ella se puso en pie y se dirigió rápidamente a la salida; él la siguió y los dos recorrieron sin orden ni concierto los pasillos y las escaleras, ya subiendo, ya bajando, cruzándose con personas ataviadas con uniformes de magistrados, profesores y funcionarios del patrimonio imperial, todos con sus insignias; también desfilaron ante ellos damas y pellizas colgadas en perchas; soplaban una corriente de aire que traía un olor a colillas. Gúrov, a quien le latía con fuerza el corazón, pensaba: «¡Oh, Señor! ¿Qué hace aquí toda esta gente y esta orquesta?».

En ese momento se acordó de pronto de la noche en que había acompañado a Anna Serguéievna a la estación y se había dicho que todo había terminado y nunca volverían a verse. Sin embargo ¡cuán lejos estaban del final!

En una escalera estrecha y sombría, donde estaba escrito:

«Entrada al anfiteatro», ella se detuvo.

—¡Cómo me ha asustado usted! —dijo, respirando con dificultad, todavía pálida y aturdida—. ¡Ah, cómo me ha asustado usted! Estoy medio muerta. ¿Por qué ha venido? ¿Por qué?

—Pero compréndame, Anna, compréndame... —dijo él en voz baja y atropellada—. Le ruego que me comprenda...

Ella le dirigió una mirada temerosa, suplicante, llena de amor; lo contempló fijamente, para imprimir mejor sus rasgos en la memoria.

—¡Sufro tanto! —continuó, sin escucharle—. No he hecho otra cosa que pensar en usted, sólo he vivido para ese pensamiento.

Quería olvidar, olvidar... Pero ¿por qué ha venido? ¿Por qué?

Algo más arriba, en el descansillo, dos estudiantes fumaban y miraban hacia abajo, pero Gúrov, sin cuidarse de nada, atrajo a Anna Serguéievna y empezó a besarle en el rostro, en las mejillas, en las manos.

—¿Qué hace usted, qué hace! —dijo ella aterrada, rechazándolo

—. Los dos nos hemos vuelto locos. Váyase hoy mismo, váyase

cuanto antes... Se lo ruego por lo más sagrado, se lo suplico...

¡Alguien viene! —un hombre subía por la escalera—. Debe usted marcharse... —continuó Anna Serguéievna en un susurro—. ¿Me oye, Dmitri Dmítrich? Yo iré a verle a Moscú. ¡Jamás he sido feliz, no lo soy ahora y no lo seré nunca, nunca! ¡No me haga sufrir aún más!

Le juro que iré a Moscú. Pero ahora debemos separarnos. ¡Cariño mío, bien mío, amor mío, separémonos!

Le apretó la mano y bajó a toda prisa las escaleras, volviéndose a cada momento para mirarlo; en sus ojos se veía que en verdad no era feliz. Gúrov esperó unos instantes, aguzando el oído, y, cuando todo quedó en silencio, recogió su abrigo y salió del teatro.

IV

Anna Serguéievna empezó a visitarle en Moscú. Dos o tres veces al mes se marchaba de S. y le decía a su marido que iba a consultar a un especialista sobre una enfermedad propia de mujeres y el marido la creía y no la creía. Cuando llegaba a Moscú, se alojaba en el hotel Slavianski Bazar y al punto enviaba a Gúrov un propio con gorra roja. Gúrov iba a verla, sin que nadie en Moscú supiera nada.



Una mañana de invierno se dirigía a su encuentro (el emisario había ido a su casa la víspera por la tarde, pero no lo había encontrado). Con él iba su hija, a la que quería acompañar al instituto, pues quedaba de paso. Caían gruesos copos de blanda nieve.

—Estamos a tres grados sobre cero y sin embargo sigue nevando —le decía Gúrov a su hija—. Eso se debe a que sólo en la superficie de la tierra el ambiente es templado; en las capas superiores de la atmósfera la temperatura es muy distinta.

—Papa, ¿por qué en invierno no hay truenos?

También se lo explicó. Mientras hablaba, pensaba que acudía a una cita y que ni una sola persona lo sabía ni probablemente lo sabría nunca. Tenía dos vidas: una que se desarrollaba a la luz del día, que veían y conocían aquéllos a quienes les incumbía, llena de verdades y mentiras convencionales, semejante en todo a la existencia de sus conocidos y amigos; y otra que fluía en secreto.

Por un extraño cúmulo de circunstancias, quizá fortuito, todo lo que era importante, interesante e indispensable para él, todo aquello en lo que se mostraba sincero y no se engañaba, aquello que constituía la esencia misma de su vida, transcurría a espaldas de los otros, mientras todo lo que era mentira, el envoltorio en que se ocultaba para disimular la verdad, como, por ejemplo, su actividad en el banco, sus discusiones en el casino, sus comentarios sobre la «raza inferior», su asistencia a los aniversarios en compañía de su mujer, todo eso estaba a la vista. Juzgando a los otros a partir de su propia experiencia, desconfiaba de lo que veía y sospechaba que todo el mundo disimulaba bajo el velo del secreto, como bajo el de la noche, su verdadera vida, aquella que presentaba mayor interés.

Toda existencia personal descansa en el secreto; quizá a ello se deba en parte que los hombres cultivados se preocupen tanto de que se respeten los secretos personales.

Tras dejar a su hija en el instituto, Gúrov se encaminó al Slavianski Bazar. Dejó la pelliza abajo, subió y llamó suavemente a la puerta. Anna Serguéievna, ataviada con el vestido gris que a él

más le gustaba, extenuada por el viaje y la espera, le aguardaba desde la tarde del día anterior; estaba pálida, le miraba sin sonreír y, en cuanto entró, se abalanzó contra su pecho. Como si no se hubieran visto en dos años, su beso fue largo, prolongado.

—Y bien, ¿cómo va todo? —preguntó—. ¿Algo nuevo?

—Espera, en seguida te lo cuento... No puedo.

Las lágrimas le impedían hablar. Se dio la vuelta y se llevó un pañuelo a los ojos.

«Bueno, mientras llora, me sentaré un poco», pensó él, acomodándose en un sillón.

Luego llamó y pidió que le trajeran té; mientras lo tomaba, ella seguía de pie, vuelta hacia la ventana... Lloraba de emoción, sobrecogida por la amarga conciencia del triste curso que habían tomado sus vidas; sólo se veían en secreto, ocultándose de la gente como ladrones. ¿Acaso no estaban destrozadas sus vidas?

—¡Bueno, basta! —dijo él.

Estaba seguro de que ese amor no terminaría pronto; ni siquiera sabía cuándo acabaría. Anna Serguéievna cada vez estaba más unida a él, lo adoraba: habría sido impensable decirle que todo debía terminar algún día; además, ella no lo habría creído.

Se acercó a ella y la cogió por los hombros con intención de acariciarla y animarla con una broma, y en ese momento se vio en el espejo.

En su cabeza empezaban a despuntar algunas canas. Le pareció extraño haber envejecido tanto en los últimos años y haberse vuelto tan feo. Los hombros en los que se posaban sus manos estaban tibios y se estremecían. Sintió compasión por esa vida aún cálida y bella, pero probablemente ya próxima a su decadencia y marchitamiento, como la suya propia. ¿Por qué le amaba tanto? Las mujeres siempre le habían tomado por un hombre distinto del que era; no le habían amado a él, sino a un ser creado por su

imaginación, al que habían buscado con avidez a lo largo de sus vidas; luego, cuando reparaban en su error, seguían amándolo.

Ni una sola de ellas había sido feliz a su lado. El tiempo pasaba,

trayendo encuentros, relaciones y rupturas, pero él nunca se había enamorado; podía hablarse de cualquier otra cosa, pero no de amor.



Sólo ahora, cuando empezaba a peinar canas, se había enamorado de verdad, por primera vez en la vida.

Anna Serguéievna y él se querían como personas muy próximas o deudos, como marido y mujer, como amigos íntimos; tenían la impresión de que el sino los había destinado el uno al otro y no podían comprender por qué él estaba casado con otra mujer y ella con otro hombre; parecían una pareja de aves migratorias, macho y hembra, a los que hubieran cazado y obligado a vivir en jaulas separadas. Se habían perdonado mutuamente lo que les avergonzaba de su pasado, se lo perdonaban todo en el presente y sentían que su amor los había transformado a ambos.

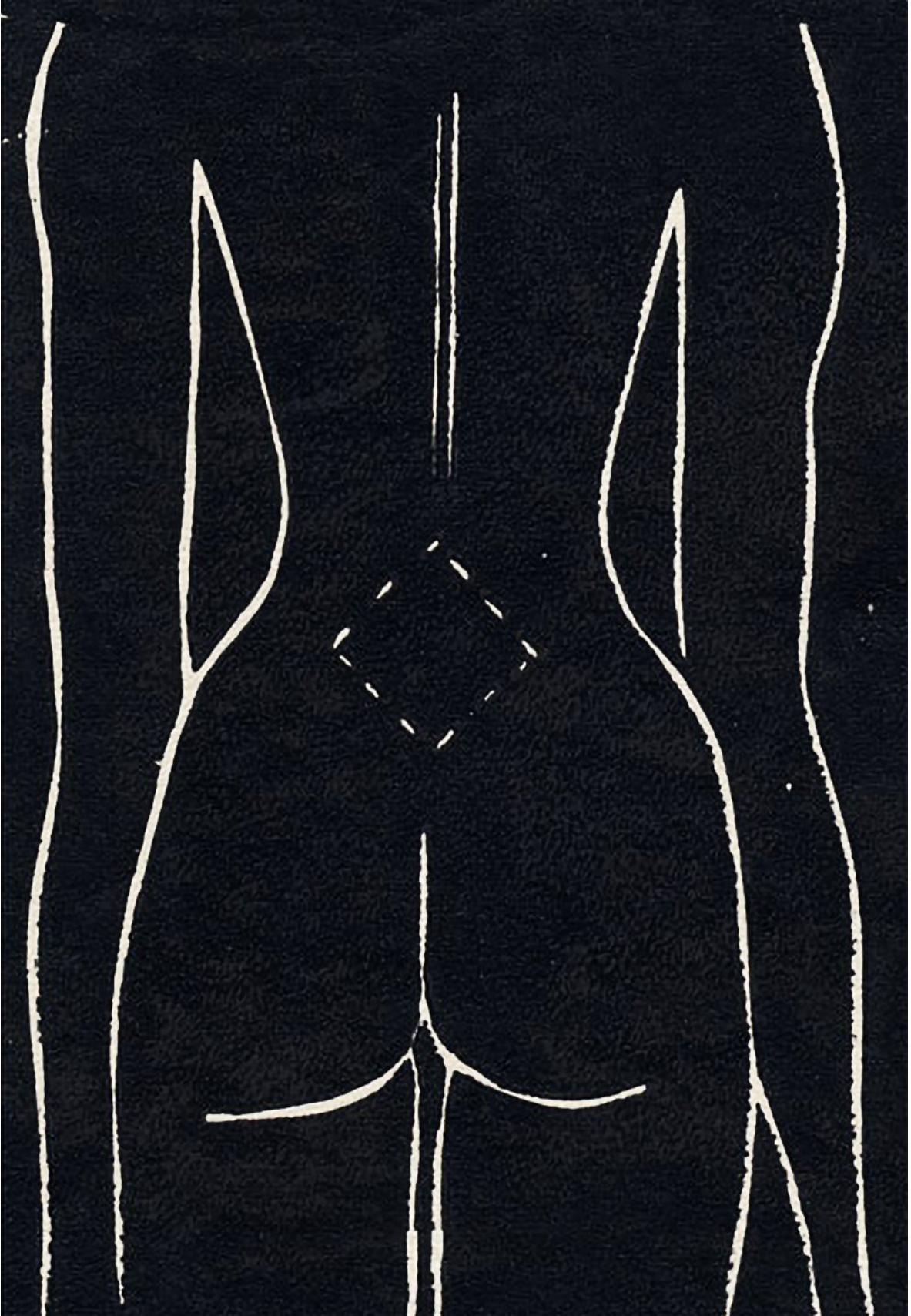
Antes, en los momentos difíciles, él se tranquilizaba con todos los razonamientos que le venían a la cabeza; ahora no tenía ánimos para reflexionar, sentía una honda compasión, quería mostrarse sincero, comprensivo...

—Basta, querida —dijo—. Ya has llorado bastante... Vamos a hablar un poco, a ver si se nos ocurre algo.

Pasaron largo rato conversando, tratando de hallar una solución para dejar de esconderse, de mentir, de vivir en ciudades diferentes, de pasar prolongados periodos sin verse. ¿Cómo escapar de esas trabas insoportables?

—¿Cómo? ¿Cómo? —se preguntaba él, cogiéndose la cabeza con las manos—. ¿Cómo?

Le parecía que no tardaría en encontrar una respuesta y que entonces se iniciaría una vida nueva y hermosa; pero ambos sabían muy bien que ese final aún quedaba muy lejano y que lo más complicado y difícil acababa de empezar.



Nota del ilustrador

La mayor parte de las ilustraciones de este libro fueron realizadas en mis cuadernos de viajes entre marzo de 2009 y abril de 2010. Es por eso un libro especial para mí.

No es, obviamente, un libro de viajes, pero sí un libro hecho viajando.

Cuando realizaba estos dibujos, no pensaba utilizarlos en el libro. Eran más bien ideas a desarrollar posteriormente, bocetos, estudios...

Mucho después, al iniciar el proceso «real» de ilustración, me di cuenta de que el libro ya estaba hecho.

Esto, y el pequeño formato de la colección, prácticamente similar al de los cuadernos que utilicé, me convencieron finalmente.

Las técnicas (esto sí es una constante en mi trabajo) son a veces distintas, dependiendo de los materiales que tuviese a mano en cada momento, del sitio donde me encontraba... quizás un autobús, un coche, un tren, un avión, un restaurante, un jardín, una casa con una mesa donde desplegar los materiales...

Recuerdo muchas anécdotas relacionadas con la realización de cada dibujo.



ANTÓN CHÉJOV (Tangarog, 1860 Badenweiler, 1904) es por derecho propio uno de los grandes clásicos de la literatura universal.

Médico de profesión, comenzó a publicar sus primeros relatos en 1880 (bajo el seudónimo de Antosha Chejonté, entre otros).

Recopilados, mientras aún vivía, en volúmenes como *Cuentos abigarrados* o *En el crepúsculo*, sus relatos están entre los más importantes del género. En 1887 escribe *Ivánov*, su primera pieza teatral y el comienzo de su carrera como dramaturgo, con obras tan importantes como *Las tres hermanas*, *La gaviota* o *Tío Vania*.

Enfermo durante años y tras recorrer varios sanatorios, muere en Alemania a consecuencia de la tuberculosis.

